

La pertinencia de la iglesia antigua para la iglesia de hoy

(4 de 4)



Dr. Justo L. González

AETH

Monterrey, México
septiembre 2009

La pertinencia de la iglesia antigua para la iglesia de hoy (4 de 4)

Monterrey, México

El tema de la pertinencia de la iglesia antigua para el día de hoy nos viene ocupando desde hace tres noches. La primera, intenté trazar algunos paralelismos entre las condiciones en que vivía la iglesia en los primeros siglos y las condiciones en las que nos ha tocado vivir en este siglo.

Antenoche y anoche traté de señalar algunos recursos que nos ofrece la iglesia antigua para los retos de hoy. Pero no es sólo en lo que hizo bien que aquella iglesia tiene algo que enseñarnos, sino también en lo que hizo mal. Cuando miramos al pasado en busca de ejemplos y lecciones para el presente, no aprendemos solamente de lo que se hizo bien, sino también de lo que se hizo mal, o de lo que no se hizo. Luego, lo que yo quisiera hacer esta noche es mirar a aquella iglesia antigua con ojos un poco más críticos, y ver qué podemos aprender de ella.

Cuando miramos las cosas de ese modo, lo que resalta es que la iglesia antigua no supo prepararse para los cambios y los nuevos retos que traería la llamada conversión de Constantino y a la postre de todo el Imperio Romano, y que cuando vino ese gran cambio, no supo usar adecuadamente de sus propios recursos para responder a él. Cuando digo esto, no pretendo culpar a aquellos hermanos y hermanas de la antigüedad, pues el que la conversión de Constantino les tomara por sorpresa se justifica ampliamente con las condiciones del momento. Por espacio de siglos las persecuciones, al principio locales y esporádicas, se habían ido recrudeciendo y ampliando. Los primeros años del siglo cuarto, bajo el régimen de Diocleciano, vieron la más cruenta y sistemática de todas las persecuciones. Las autoridades

imperiales estaban empeñadas en borrar del mapa todo vestigio de cristianismo. Parte de la política del momento era torturar a los obispos y otros líderes cristianos, con el propósito de obligarlos a abandonar su fe y así llevar consigo a otros a la apostasía. El Imperio parecía cumplir a cabalidad lo que decía el Apocalipsis sobre el poder de la bestia y su saña contra los fieles.

Y entonces, inesperadamente, las cosas empezaron a cambiar. El 30 de abril del año 311, los emperadores Galerio, Constantino y Licinio, que compartían el gobierno, publicaron un decreto, comúnmente conocido como el Edicto de Galerio, en el que, sin declarar que la persecución era injusta, confesaban que no había tenido los resultados esperados y por tanto le ponían fin:

Entre las medidas que hemos tomado para utilidad y provecho del Estado, ya anteriormente fue voluntad nuestra enderezar todas las cosas conforme a las antiguas leyes y orden público de los romanos y proveer a que también los cristianos, que tenían abandonada la secta de sus antepasados, volvieran al buen propósito.

Porque, debido a algún especial razonamiento, es tan grande la ambición que los retiene y la locura que los domina, que no siguen lo que enseñaron los antiguos, sino que, siguiendo el propio designio y la real gana de cada cual, se hicieron leyes para sí mismos, y éstas guardan, habiendo logrado reunir muchedumbres diversas en varios lugares.

Por tal causa, cuando a ello siguió una orden nuestra de que se cambiasen a lo establecido por los antiguos, un gran número estuvo sujeto a peligro, y otro gran número se vio perturbado y sufrió toda clase de muertes.

Mas como la mayoría persistiera en la misma locura y viéramos que ni rendían a los dioses celestes el culto debido ni atendían al de los cristianos, fijándonos en nuestra benignidad y en nuestra constante costumbre de otorgar perón a todos los hombres, creímos que era necesario extender también de la mejor gana al presente caso nuestra indulgencia, para que de nuevo haya cristianos y compongan las casas en que se reunían, de tal manera que no practiquen nada contrario al orden público. . . .

En consecuencia, a cambio de esta indulgencia nuestra, deberán rogar a Dios por nuestra salvación, por la del Estado y por la suya propia, con el fin de

que, por todos los medios, el Estado se mantenga sano y puedan vivir tranquilos en sus propios hogares. (Eusebio, HE, 8.17.6-10)

Este edicto le puso fin a la persecución en buena parte del Imperio, aunque siempre hubo regiones en las que la persecución continuó. Por fin dos años más tarde, reunidos en Milán los emperadores Licinio y Constantino para celebrar el matrimonio del primero con la hermana del segundo, hicieron una proclama generalmente conocida como el Edicto de Milán, y que dice en parte:

Cuando yo, Constantino Augusto, y yo, Licinio Augusto, nos reunimos felizmente en Milán y nos pusimos a discutir todo lo que importaba al provecho y utilidad públicas, entre las cosas que nos parecían de utilidad para todos en muchos aspectos, decidimos sobre todo distribuir unas primeras disposiciones en que se aseguraban el respeto y el culto a la divinidad, esto es, para dar, tanto a los cristianos como a todos en general, libre elección en seguir la religión que quisieran, con el fin de que lo mismo a nosotros que a cuantos viven bajo nuestra autoridad nos puedan ser favorables la divinidad y los poderes celestiales que haya.

Por lo tanto, fue por un saludable y rectísimo razonamiento por lo que decidimos tomar esta nuestra resolución: que a nadie se le niegue en absoluto la facultad de seguir y escoger la observancia o la religión de los cristianos, y que a cada uno se le dé facultad de entregar su propia mente a la religión que se adapta a él, a fin de que la divinidad pueda en todas las cosas otorgarnos su habitual solicitud y benevolencia. (Eusebio, HE, 10.5.4-5)

El cambio fue sorprendente e inesperado. Unos meses antes del Edicto de Galerio, los cristianos eran perseguidos sistemáticamente. Ahora se les garantizaba la libertad religiosa y se les permitía reconstruir sus iglesias. Y a partir de entonces el avance de la iglesia fue arrollador. Catorce años después del Edicto de Galerio, y doce después del de Milán, unos trescientos obispos viajaban a la ciudad de Nicea, convocados por el Emperador y a expensas del fisco, para dirimir una serie de cuestiones y consolidar la unidad de una iglesia que, según las esperanzas de Constantino, vendría a ser el cemento de su imperio.

Todavía en esa fecha, catorce años después de terminadas las persecuciones, los cristianos se sorprendían del cambio que había tenido lugar. Eusebio de Cesarea, el historiador de cuya Historia eclesiástica he tomado las citas de los edictos que acabo de mencionar, nos ha dejado su testimonio de aquel evento, y ese testimonio se respira todavía la alegre sorpresa del momento:

Allí estaban reunidos muchos de los más distinguidos de entre los ministros de Dios que abundaban en Europa, Libia y Asia. Una sola casa de oración, como si hubiera sido ampliada por obra de Dios, albergaba a la vez sirios y cilicios, fenicios y árabes, delegados de Palestina y del Egipto, tebanos y libios, y los que venían de la región de Mesopotamia. También había un obispo persa, y ni siquiera faltaba un escrito. El Ponto, Galacia, Panfilia, Capadocia, Asia y Frigia también enviaron a sus prelados más distinguidos, y también había algunos de los distritos más remotos de Tracia y Macedonia, de Acaya y del Epiro. Hasta de la lejana España uno de amplia fama vino a sentarse en la gran asamblea. (*Vita Const.*, 7)

Y todavía faltaban más sorpresas. El propio Constantino se hizo bautizar en su lecho de muerte. Con pocas excepciones, todos los emperadores a partir de Constantino fueron cristianos--o al menos se declararon cristianos. La influencia de la iglesia fue en aumento. Las gentes acudían a bautizarse en números tales que ya no se les podía preparar como antes. Las congregaciones crecían como la espuma. Para acomodarles se construyeron grandes templos al estilo de las antiguas basílicas imperiales. Al culto que se celebraba en las grandes catedrales acudían emperadores, senadores, y toda la alta aristocracia. El culto mismo se fue haciendo cada vez más imponente y elaborado. Los obispos, que antes eran personas despreciadas por la sociedad y frecuentemente perseguidas, ahora vinieron a ser personajes

de importancia a quienes los gobernantes otorgaban una autoridad creciente. La iglesia perseguida y despreciada vino a ser la iglesia respetada y poderosa.

Al mismo tiempo, la vieja religión iba perdiendo fuerza. Para tiempos del emperador Teodosio, que gobernó medio siglo después de Constantino, el cristianismo era la religión oficial del Imperio, y la vieja religión había quedado relegada a los campos y los montes más remotos. Fue por eso se empezó a llamársele "pagana". Originalmente, la palabra "pagano" no tenía nada que ver con religión, sino que se refería a lo que fuera tosco, burdo o inculto. Pero ahora que quienes practicaban la vieja religión era personas toscas e incultas en regiones remotas—es decir, personas "paganas"—se le dio a esa religión el nombre de "paganismo".

Por su parte la iglesia, librada por fin de la amenaza de las persecuciones y de las muchas dificultades que la sociedad hasta entonces le había impuesto, produjo algunos de sus más notables líderes. Como he dicho en otro lugar, aquella fue "la era de los gigantes". Entre ellos se cuentan Ambrosio, Agustín, Atanasio, Basilio del Grande, Juan Crisóstomo, y muchos más.

Todo esto produjo gran regocijo entre los cristianos. Lo que sucedía no podía ser sino una gran bendición de Dios. En la Iglesia Griega el regocijo fue tal que hasta se llegó a hacer del emperador Constantino "San Constantino"—a pesar de que fue un gobernante despótico que hasta a su propio hijo condenó a muerte.

Pero el hecho mismo de que se canonizó a Constantino es índice de la otra cara de la moneda, del precio que la iglesia pagó a cambio de su nueva ascendencia. La iglesia que antes se había distinguido por su solidaridad con los pobres y por su resistencia a la injusticia poco a poco, casi imperceptiblemente, se fue volviendo aliada de los poderosos y se fue olvidando de la justicia. El cambio no fue repentino. De hecho, fue tan paulatino que fueron pocos los que lo notaron. Todavía en el siglo cuarto, el mismo siglo de la conversión de Constantino, hubo líderes que mantuvieron una postura firme contra los abusos y las injusticias del orden imperante. En Milán, el obispo Ambrosio se negó a admitir a la comunión al poderoso emperador Teodosio hasta tanto no se arrepintiera por una matanza que había ordenado, y promulgara instrucciones en el sentido de que, si alguna vez ordenaba la pena de muerte para alguien, esa pena no se ejecutara hasta tanto el Emperador no hubiera tenido tiempo de calmar su ira. En Capadocia Basilio el Grande increpó a los ricos, diciéndoles que esos zapatos y esos vestidos que guardaban en sus roperos, sin tener necesidad de ellos, les pertenecían a los descalzos y los desnudos. Y les dijo que, si bien llamamos ladrón a quien tome lo ajeno, también es ladrón quien, pudiendo responder a la necesidad ajena, no lo hace, sino que acapara lo que dice ser suyo. Y hasta en Constantinopla, la capital misma del Imperio, Juan Crisóstomo se atrevió a decirle desde el púlpito a la Emperatriz que los frenos de oro en las bocas de sus caballos se los había robado de la boca de las viudas y los hambrientos—lo cual le costó a Crisóstomo el destierro y a la postre la muerte.

Pero a pesar de esas voces, la iglesia misma en su totalidad no supo cómo responder a las nuevas circunstancias. La mayoría de los líderes, acostumbrados como estaban a ser despreciados y perseguidos, sencillamente aceptaron el nuevo orden como obra de Dios, y no se atrevieron a levantar crítica alguna contra él, sino sólo a exaltarlo y darle gracias a Dios por lo que había hecho. Constantino era un nuevo rey David; con él se cumplían las expectativas del reino de Dios; Dios había levantado el Imperio Romano para que a la postre se uniera a la iglesia, y así se estableciera el gobierno de Dios sobre los cuerpos y sobre las almas.

Otros, negándose a aceptar el nuevo orden como una pura bendición de Dios, no sabían sin embargo cómo relacionarse con él, y por ello sencillamente se refugiaron en lugares desiertos, donde podían continuar cultivando su antigua vida de devoción sin tener que aceptar el nuevo orden, pero también sin tener que negarlo. A los tales se les daba el nombre de "anacoreta", que originalmente quería decir "fugitivo". Eran personas—miles de hombres y muchas más mujeres—que huían como fugitivos de una sociedad que, al llamarse cristiana, parecía haber hecho de la fe cosa fácil y sin mayores consecuencias. Fue entre ellos que el naciente monaquismo cristiano cobró impulso, y fue por ellos que hasta el día de hoy llamamos "anacoretas" a los monásticos solitarios.

Y otros, llevados de un celo religioso fanático que se nutría de justos reclamos sociales, sencillamente se alzaron en rebelión armada. Y fue contra ellos que por primera vez los

cristianos tomaron armas contra otros cristianos, con la excusa de suprimir la herejía y el propósito de apoyar al estado que les apoyaba a ellos.

Pero posiblemente el cambio más significativo, y el que menos se notó, fue la pérdida paulatina de aquel proceso de catecumenado que hasta entonces había servido para ayudar a los cristianos a saber en qué consistía su fe, y qué requería. Puesto que las gentes acudían en centenares pidiendo el bautismo, el sistema catequético se vio abrumado. No había mentores y maestros para tanta gente. Luego, cada vez se les enseñó menos, y cada vez la feligresía aprendió menos de su fe y de la vida cristiana. Quienes antes adoraron a los dioses del estado porque eso era lo que todos hacían, ahora sencillamente adoraban al Dios del estado, porque eso era lo que ahora todos hacían.

Señalo todo esto, no por interés anticuario, sino porque a veces me pregunto si no será que la iglesia de hoy—y particularmente la iglesia evangélica en América Latina—corre el riesgo de que se le concedan privilegios e importancia para los cuales no nos hemos preparado.

En esto, vivimos en tiempos altamente paradójicos. Por una parte, la descristianización de Occidente a que me referí hace unos días se nota también en nuestros medios. Cada vez el común de las gentes sabe menos de la fe cristiana, y no me extrañaría el que pronto, aquí mismo en Monterrey, alguien entrase a una joyería, pidiera una cruz, y le preguntasen si la quiere "con el hombrecito, o sin el hombrecito".

Por otra parte, las iglesias evangélicas están creciendo como la espuma. Al igual que la iglesia antigua, por largo tiempo no fuimos nadie en nuestra sociedad. Nuestro modo de ser evangélicos se forjó en medio de circunstancias adversas. La historia de los orígenes de nuestras iglesias está llena de personajes heroicos, como lo estuvo también la historia de la iglesia en los primeros siglos. Aun antes de llegar a nuestro hemisferio, la Biblia española, traducida por Casiodoro de Reina y luego reeditada por Cipriano de Varela, tiene una historia épica de fe y de sacrificios. Los primeros conversos en nuestra América fueron encarcelados, desheredados por sus padres, expulsados de sus lugares de trabajo. Y tampoco han faltado quienes fueron torturados y muertos.

Aun después de esa etapa inicial, y hasta en los países en los que no había persecución abierta, se nos despreciaba y se mofaban de nosotros. Nos llamaban "canutos", "culteros aleluyas", y muchas otras cosas parecidas. Nos tenían por agentes extranjeros, por un quiste foráneo en el cuerpo de la sociedad. Se decía que nos convertíamos por dinero, o en busca de privilegios. Puesto que el pueblo no nos conocía, si se les decía que éramos ateos, que no creíamos en Jesucristo, o cualquier otra barbaridad, las gentes lo creían.

Y aun cuando empezó a pasar esa etapa, todavía en la mayoría de nuestras iglesias no éramos más que unos poquitos. Se decía que, así como en un mueble cualquiera puede haber polvo, así también en la sociedad hay siempre gente que en realidad no pertenece a ella, que están

desarraigados de la sociedad, y que era entre tales personas, ese polvo suelto de la sociedad, que nuestras iglesias encontraban sus adeptos. Y lo cierto era que así parecía, pues había conversos que pensaban que lo que les hacía cristianos verdaderos era no participar de toda una serie de instituciones y prácticas sociales—de los bailes, los velorios, los bautizos, las quinceañeras, las procesiones, las peregrinaciones, etc. Por todas partes había pueblos con millares de habitantes y una iglesia evangélica de veinte o treinta miembros, y en las que la feligresía apenas parecía crecer.

Sorprendentemente, hoy todo eso va cambiando. Hoy somos tantos que los políticos empiezan a tenernos en cuenta—como Licinio y Constantino tuvieron que tomar en cuenta a los cristianos. Iglesias que por generaciones no pasaban de treinta miembros hoy tienen tres mil. Hace unos años vine al Distrito Federal de México a hablarle a un retiro de pastores de las Asambleas de Dios. Tristemente, muchos no pudieron venir, con el resultado de que había solamente . . . ¡dos mil quinientos pastores! Hoy tenemos recursos para construir templos de millones de dólares. Hoy en cualquier ciudad podemos organizar magnas convocatorias que se hacen sentir en toda la ciudad. Hoy tenemos diputados, gobernadores, alcaldes . . . ¡Hasta dictador evangélico hemos tenido!

Todo esto me hace pensar que es muy posible que, al mismo tiempo que la sociedad se descristianiza, nos estemos abocando a una nueva forma de constantinismo, a una nueva etapa

en la que la iglesia, si no oficialmente, al menos de hecho, gozará—y en algunos casos goza ya—de privilegios que antes ni se soñaron.

Esa es la paradoja a que me refiero: la extraña conjunción de un fuerte proceso de descristianización con un crecimiento inusitado por parte de las iglesias. Aquí mismo, en Monterrey, bien puede haber una iglesia donde se congregan mil personas, y junto a ella un vecino que no sabe del evangelio más que el ruido que hacen los evangélicos. Es como si hubiera dos sociedades marchando en direcciones opuestas. Esto se ve, por ejemplo, en los medios de comunicación masiva. En la radio y la televisión usted puede encontrar, si lo desea, docenas de programas religiosos. Pero en la radio que la mayoría del pueblo escucha, en los programas y comedias de televisión, la fe cristiana no aparece sino de vez en cuando, como tema de interés pasajero. Cuando miramos a la cultura circundante, a los valores por los que vive el pueblo, a lo que más le fascina en las noticias, no cabe duda de que somos parte de ese triste proceso que es la descristianización de Occidente.

Pero al mismo tiempo parece que nos abocamos a una nueva era constantina—al menos para los evangélicos en América Latina. Cada vez que visito uno de nuestros países donde no he estado por algún tiempo, me sorprende lo que está sucediendo en las iglesias y en su crecimiento. Por todas partes hay iglesias con miles de feligreses. Denominaciones que hace unas décadas ni se mencionaban hoy tienen millones de miembros. Ya los evangélicos no somos

una minoría despreciable, gente extraña que no cuenta. Hoy sí contamos. Hoy se habla de nosotros. Hoy se respeta a nuestros líderes.

Todo esto no es necesariamente malo. Al contrario, la libertad para predicar el evangelio, el hecho de que se nos escuche con más atención, la oportunidad de hacer oír nuestras voces en los asuntos sociales que determinan la vida de nuestros pueblos, todo ello es bueno, y bien podemos regocijarnos en ello.

Pero lo que me temo es la posibilidad de que caigamos—y de que algunos hayan caído ya—en la trampa constantiniana. En el siglo cuarto, Eusebio de Cesarea se maravillaba de que el Emperador invitara a los obispos de todo el mundo a Nicea, y se reuniera con ellos, cuando Eusebio mismo había conocido la persecución, y su obispo y maestro Pánfilo de Cesarea había muerto como mártir. Y hoy nosotros también nos maravillamos ante las nuevas oportunidades que se nos abren, cuando hace unos pocos años parecía que nuestra predicación tenía poco impacto, que pocos nos hacían caso, y que de entre quienes nos hacían caso buena parte lo hacía para burlarse de nosotros. Hoy nos jactamos de que el gobernador o la alcaldesa consultan con nosotros, o de que se nos invita a cenar con personajes importantes.

Así, maravillados y agradecidos como estamos, no nos damos cuenta de que, como a la iglesia en tiempos de Constantino, nos acecha el peligro de que empecemos a perder nuestro sabor, que nos volvamos una institución social más al servicio del orden existente, que nos

imaginemos que si se nos alaba y se nos respeta eso es necesariamente señal de que somos fieles.

La iglesia antigua, que tan bien supo responder a las crisis y retos de su época, no supo responder al cambio inusitado que trajo la conversión de Constantino. Por un tiempo, sí, produjo esos grandes líderes que hoy nos parecen gigantes. Pero, como he dicho, al mismo tiempo descuidó el catecumenado. Había tanto que hacer, tanta euforia, que aquellos antiguos cuadros de maestros y mentores se fueron descuidando precisamente en el momento en que se iban haciendo más necesarios. Las gentes acudían a la iglesia y se unían a ella en números cada vez más grandes, pero casi sin saber a qué se estaban uniendo. La iglesia crecía como la espuma; pero, también como la espuma, con poca substancia.

Lo trágico de todo esto es que el sistema del catecumenado y de la instrucción de los fieles estaba decayendo precisamente en el momento en que el pueblo cristiano estaba más necesitado de los instrumentos doctrinales y espirituales necesarios para enfrentarse a una situación radicalmente nueva.

Y ésta es la última y quizá la más importante lección que la iglesia de hoy debería aprender de aquella iglesia antigua. Es precisamente en tiempos de crecimiento inusitado que se hace más urgente desarrollar los medios y los programas para ayudar a quienes se unen a la iglesia a entender qué es lo que están haciendo, y sobre todo cómo eso afectará o debería afectar la

totalidad de sus vidas. Durante el siglo tercero, digamos, ya estaba bien establecido entre los creyentes lo que significaba ser cristiano, pues los retos no eran nuevos, y había experiencias de otras generaciones. Pero en el siglo cuarto, cuando de momento la iglesia se ve ante circunstancias inesperadas, es que hace falta que los creyentes de veras sepan lo que su fe implica. Y que lo sepan y lo sientan con suficiente profundidad y alcance como para poder responder en fidelidad a las nuevas circunstancias.

En el siglo cuarto, no hubo suficientes creyentes preparados para ayudar a toda la iglesia a entender e interpretar críticamente lo que podría o debería hacerse en medio de nuevas circunstancias. No cabía duda de que si el Emperador o algún senador decidía abrazar la fe, se le debía recibir con los brazos abiertos. Pero, ¿se les darían privilegios especiales dentro de la iglesia por el solo hecho de ser el Emperador o de ser senador? ¿Cuál debería ser la función profética de la iglesia dentro de una sociedad que se iba declarando cristiana?

Y, a un nivel más personal, ¿cómo asegurarse de que quien aceptaba a Cristo no le aceptaba sencillamente como uno más en el panteón de sus dioses? Y, aun si se deshacía de todos los demás dioses, ¿cómo asegurarse de que no se le entendiera del mismo modo en que se había entendido a los viejos dioses, lo cual sería caer en lo que bien podría llamarse "cristopaganismo"?

Lo cierto es que, cuando miramos a aquellos primeros siglos de la era constantina desde nuestra perspectiva histórica, vemos que la iglesia no supo responder adecuadamente a tales retos. Ya para el año 325 el emperador, que ni siquiera era bautizado, se daba el título de "obispo de obispos" y presidía sobre un concilio de obispos, sin tener la más mínima idea de la importancia de lo que se discutía, y aparentemente sin que nadie pusiera reparos. Y hay innumerables indicios de que muchos aceptaron a Cristo, pero no al Cristo de las Escrituras y de la iglesia de siglos anteriores, sino a un Cristo paganizado, a un Cristo a quien se servía como antes a los dioses paganos y de quien en buena medida se esperaba lo mismo que antes se esperó de los dioses paganos.

Y la causa de todo esto fue que la iglesia antigua, sorprendida por los acontecimientos inesperados de principios del siglo cuarto, no supo responder a ellos, y descuidó la enseñanza y la formación de los fieles, que hasta entonces había sido una de sus principales tareas y uno de sus puntos fuertes.

Todo esto nos lleva a reflexionar sobre lo que está aconteciendo hoy mismo en nuestra América. Cuando nuestras iglesias eran pequeñas, cuando no éramos nadie, nos caracterizábamos por el modo en que enseñábamos y adiestrábamos a nuestros miembros. La Escuela Dominical y el estudio bíblico semanal eran parte prácticamente obligada de la vida cristiana. Allí aprendimos todos, y aprendió nuestra gente, lo que significa ser cristiano, qué es y qué dice la Biblia, cuáles

eran los puntos esenciales de nuestras doctrinas, cómo relacionarlo todo con la vida cotidiana. Allí esperábamos que se nos diera, no ya la leche del evangelio, sino también la carne.

Hoy no sólo tales prácticas educativas han decaído, sino que las que todavía existen siguen patrones y presentan contenidos que son prácticamente los mismos de hace cuarenta años. Cada vez hay menos programas diseñados específicamente para alimentarnos de tal modo que crezcamos en la fe; y cuando hay tales programas, cada vez hay menos carne y más leche. Hoy hay entre nuestros feligreses pocas personas que puedan dar cuenta, por ejemplo, de la importancia de la doctrina creación, con el resultado de que muchos no pueden ver más allá del famoso debate entre los siete días del Génesis y los millones de años de la teoría de la evolución. Y son poquísimos quienes saben expresar la esperanza escatológica de la iglesia más allá del debate sobre si el milenio viene antes o después de la gran tribulación.

La tragedia está en que esto está sucediendo al tiempo en que la iglesia va necesitando cada vez con mayor urgencia desarrollar cuadros de maestros y mentores que nos ayuden a vivir la vida cristiana, y a entender la fe cristiana, en este contexto paradójico en que vivimos, entre la descristianización por una parte y la constantinización por otra.

Decíamos hace unos días que una de las características de los tiempos en que vivió la iglesia antigua era la tendencia hacia una religión "a la carta"—es decir, una religión hecha por cada cual a su propia medida. En aquellos tiempos, cada cual escogía de entre las diversas religiones

lo que le gustaba o le convenía, y descartaba el resto. Hoy, algo semejante sucede con el proceso de descristianización. No es que las gentes no quieran saber de Cristo; es que quieren saber solamente lo que les conviene, lo que les gusta, lo que pueden combinar con su propio estilo de vida, con sus valores, con sus horóscopos, con su secularismo y con sus supersticiones. Quieren que se les permita practicar su religión "a la carta". Y lo que piden y esperan de la iglesia es solamente que les ofrezca el menú, para entonces ellos escoger lo que les gusta.

Tal es su decisión, y no podemos prohibírsela. Pero lo que sí podemos hacer—lo que como pastores y como líderes tenemos la obligación de hacer—es ayudar a nuestros miembros a discernir, entre lo mucho que la sociedad y la religiosidad popular ofrecen, qué es leche, qué es carne, qué no alimenta, y qué es veneno. Tenemos que ayudar a nuestros miembros a entender la fe cristiana, no como quien se aprende un catecismo de memoria, o como quien sabe los cuatro puntos de la salvación, sino como quien sabe relacionar su fe con todas las circunstancias de la vida—con las circunstancias esperadas, y con las imprevistas.

Cuando no hacemos esto, el resultado es que hoy, como en aquellos siglos cuarto y quinto, la iglesia se enfrenta a lo que bien podría llamarse "cristopaganismo"—y a un cristopaganismo que, como el de entonces, no existe sólo fuera de la iglesia, sino también dentro de ella.

Me explico. La gran diferencia entre los dioses paganos y el Dios de la Biblia es que a los dioses paganos se les adora para manipularlos. En tiempos antiguos, si yo iba a salir de viaje por mar, le ofrecía sacrificios a Neptuno, dios del mar, para que me cuidara y no me hiciera mal. Si, por

otra parte, deseaba ser afortunado en amores, le rendía servicio a Venus, quien a cambio de ello también me favorecería. Pero el Dios de la Biblia no es así. La gran diferencia entre Dios y los ídolos es que Dios es soberano, que a Dios no se le puede manipular, mientras los ídolos hacen lo que nosotros queremos. Recordemos, por ejemplo, las palabras del profeta acerca de cómo los gentiles toman un pedazo de leña, le dan forma, y le dicen "tú serás mi dios". Tal dios está ahí para servir a sus fieles, y sus fieles le rinden culto y le ofrecen sacrificios para que dios les sirva a ellos. En contraste, el Dios de la Biblia, el único Dios verdadero, es libre y soberano para llevar a cabo sus designios, y se le adora en gratitud y alabanza, no para que haga lo que uno quiere.

Pues bien, todo parece indicar que cuando Constantino se convirtió lo hizo sinceramente. Él creía en Cristo, le rendía culto y le edificaba templos. Pero todo esto lo hacía porque entendía que el Dios de los cristianos era suficientemente poderoso para darle la victoria en todas sus batallas, y que de hecho se la daría si él le favorecía, si favorecía a los cristianos, si les hacía concesiones especiales a los obispos, y si mandaba construir iglesias en honor de Cristo. Luego, Constantino, aunque se llamara cristiano, era en realidad cristopagano.

Eso es lo que quiero decir al hablar de "cristopaganismo". Se adora a Dios y a su Hijo. Se va a la iglesia. Se cumplen los mandamientos. Pero todo eso se hace, no para rendirle honor al Dios soberano, sino para que Dios nos dé lo que le pedimos.

Tal cristopaganismo es sumamente atrayente. A todos nos gustan los dioses a nuestra imagen y semejanza. A todos nos gusta un Dios que hace lo que nosotros le decimos que haga. En estos días de "religión a la carta", no debería sorprendernos el que haya tantas personas que se dejen llevar por lo que en fin de cuentas es un paganismo disfrazado de cristiano. Así como en aquellos primeros siglos de la vida de la iglesia hubo quien tomó la religiosidad dominante y la revistió de cristianismo, así también hoy hay quien toma la religiosidad dominante de nuestra época y la reviste de cristianismo.

En aquellos tiempos, la respuesta de la iglesia fue un amplio sistema para la educación de sus miembros, y particularmente de quienes se preparaban para recibir el bautismo. Mientras la iglesia supo mantener ese sistema, pudo resistir los embates más fuertes de las religiones circundantes, muchas de las cuales pretendían tomar el nombre de Jesucristo para su propio uso. Pero, cuando la popularidad misma de la iglesia la llevó a descuidar ese sistema en aras del crecimiento numérico, ese sistema se descuidó, y rápidamente se cayó en el cristopaganismo constantiniano.

En nuestros tiempos, las iglesias evangélicas se hicieron fuertes en parte gracias a sus amplios programas educativos, estudiando y enseñando la Biblia, estudiando y enseñando las doctrinas esenciales de la fe. Pero hoy corremos el riesgo de descuidar todo eso en aras del crecimiento numérico. Y cuando tal hacemos, el cristopaganismo se abre paso.

Así acontece que muchas de las iglesias que más rápido crecen en nuestros medios son aquellas que les prometen a los fieles que, si hacen esto o aquello, Dios hará lo que ellos quieren. En

algunas iglesias, esto llega al punto que escuchamos a los predicadores decirles a los creyentes que le exijan a Dios lo que deseen tener. En otras, se proclama el lema, "¿Para de sufrir!". Y ese lema se proclama en nombre del Crucificado, del que dijo, "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame."

Las iglesias que proclaman tal mensaje tienen tal éxito que se vuelven grandes empresas. Me dicen que la mayor empresa privada en el Brasil es precisamente una de esas iglesias, que por toda nuestra América, y ahora en muchos otros países, construye enormes templos precisamente bajo el lema, "¡Para de sufrir!"

Esto no tiene por qué sorprendernos. El cristopaganismo siempre ha sido atractivo. Pero no todo lo que atrae viene de Dios, pues hasta el mismo Satanás se viste como ángel de luz.

Lo que sí debería sorprendernos y preocuparnos es cuántos de los feligreses en nuestras iglesias se dejan atraer por esta forma de cristopaganismo. Lo que sí debería preocuparnos es que si les preguntáramos a nuestros feligreses qué errores ven en tal cristopaganismo, no sabrían qué responder. Lo que sí debería preocuparnos es la medida en que esto es síntoma de que nosotros también, como aquella iglesia de tiempos de Constantino, no hemos sabido cómo responder a la nueva situación. Que, como a aquella iglesia, el crecimiento nos ha tomado por sorpresa, de tal modo que la preparación de los fieles ha quedado relegada.

Es en respuesta a esa preocupación que estas cuatro noches he estado tratando de ver qué recursos nos ofrece la iglesia antigua. Si esta noche he insistido en la necesidad de desarrollar y sostener un programa sólido de instrucción de los fieles, de modo que sepan responder a las necesidades del momento, anoche y antenoche he tratado de ofrecer algunas pautas de la antigüedad que todavía hoy podrían sernos útiles.

Como vimos anoche, la iglesia antigua respondió a los retos de su tiempo insistiendo en los puntos esenciales de la fe cristiana, y permitiendo libertad y diversidad en el resto. Para nosotros hoy, esa distinción es urgente, pues de otro modo seguiremos dividiéndonos más y más, y de ese modo debilitando nuestra misión. Pero, una vez hecha esa distinción, sí tenemos que insistir en lo esencial. Para ello bien podríamos tomar la antigua "regla de fe", y asegurarnos, siguiendo su bosquejo, de que nuestro pueblo sabe—y que sabe bien sabidos—los puntos esenciales que allí se enumeran: el hecho de que Dios es creador de todo cuanto existe; la doctrina de la encarnación y de la redención en Jesucristo; la presencia y obra del Espíritu Santo; la doctrina de la iglesia; la esperanza escatológica de la iglesia. Si nuestros feligreses estuvieran bien informados sobre esos puntos esenciales—informados al punto de entender lo que significan para el día de hoy y para los retos que nos confrontan—el cristopaganismo contemporáneo no les atraería, sabrían dar cuenta de la esperanza que hay en ellos y en ellas, y el crecimiento de nuestras iglesias, en lugar de ser como la espuma, sería como el del edificio que se describe en la Epístola a los Efesios, que "bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor."

Y no olvidemos que para que esto acontezca contamos, sí, con los programas educativos de la iglesia y con lecturas que podamos recomendarles a nuestros miembros; pero contamos también con ese recurso olvidado y descuidado que es la adoración. Una vez más, *lex credendi est lex orandi*. El modo en que se adora determina lo que se cree. Nada logramos si, al tiempo que en una clase de Escuela Dominical o en un estudio bíblico advertimos acerca del error del cristopaganismo, lo que cantamos en el culto es en sí cristopagano. Y mucho lograremos si consciente y cuidadosamente coordinamos el culto con la enseñanza, y luego el culto y la enseñanza con la práctica de la vida cristiana.

Diecitantos siglos han pasado desde aquellos tiempos en que los mártires Ignacio, Policarpo, Perpetua y Felicidad, y muchos otros, dieron testimonio de su fe con su sangre; desde aquellos tiempos en que nuestros antepasados en la fe, al descender a las aguas del bautismo, dieron constancia de su fe en Dios el Padre creador de los cielos y de la tierra, y en Jesucristo su Hijo, Señor nuestro; y en el Espíritu Santo.

Aquella fe es también la nuestra, porque nuestro es también el Dios de Abraham y Sara, de Rebeca y de Isaac, de Perpetua y de Ignacio; Dios no de muertos, sino de vivos. Estando firmes en esta fe, y atentos al testimonio de siglos pasados, nos atrevemos a marchar hacia el futuro, que bien puede ser desconocido, pero desde donde nos llama el Señor a quien ya hemos conocido. Así sea.